

6 DE OCTUBRE DE 1879.

Madrid.

Los gritos eran horribles: ¡que se queman las butacas...

Parecía que las butacas eran mas dignas de compasión que las personas.

Y en efecto: los oficiales habían salido de su taller de ebanistería dejando a medio rellenar el vientre de los sillones... La fatalidad, que unas veces sopla las aguas y las encrespa para sacar de madre los ríos, y que otras sopla y sacude el fuego para agitarlo en llamas, había soplado en la estopa, y los nuevos asientos del teatro Real crugían, chisporroteaban y se convertían en humo.

Las sillas destinadas a los palcos de la Opera eran también devoradas por el incendio. Los ebanistas hacia poco habían conversado para entretener su trabajo, y habían dicho entre uno y otro golpe de martillo al clavar una y otra tachuela:

—¿Qué te parece?... ¡Lindas van a quedar estas butacas! ¡Qué contenta y orgullosa recitarán en ellas su cuerpo la gente que llamamos distinguida de Madrid!

—Ya, ya... ¡Con cuanto afán les preparamos cómodo asiento para que disfruten de un placer que nuestra pobreza nos tiene vedado!

—¿Y qué no envidio yo a los generales, y a los banqueros, y a los duques, y a las condesas y marquesas que vendrán luego a exhibir sus fraques, y sus rasos y sedas en estas butacas... comidos por la ambición, por la vanidad, por la envidia; ni quiero oír la música sábia que ellos tampoco escuchan... El teatro Real, ¡miserias brillantes!

—Estás clavando torcidas todas las tachuelas!

—Prefiero yo pasar la noche en el distinguido ventorro de la calle del Barquillo oyendo el canto flamenco, que me recuerda las dulces penas de Andalucía entre mujeres de alto rodete y hombres de buen humor y de calidad.

—Sin embargo, amigo y compañero, qué triste es fabricar un trono para el placer y no poder ocuparlo.

—Calla, hombre; ¡una butaca del Real!... si me recordara la conciencia, de hacerla, si no hubiera de recordarme el estómago de hambre por negarme a fabricarla: una butaca del teatro Real es un trono, dices bien; pero ¡qué cosas tiene que hacer el hombre muchas veces para adquirirla!

—¡Bah! lo mas que tiene que hacer es... deudas.

—Y hasta crímenes... Pocas cosas habría tan interesantes—si decir una vez—como la historia de una butaca del Real contada por Roldes...

—Pero la de las butacas de ayer ha sido breve... Ni tan siquiera se ha posado sobre ellas un abanico, ni un *clac*, ni un guante, ni un *bouquet*...

La inauguración del Real no se aplazará por eso. Los que tienen impaciencia por escuchar a Mad. Reszké, verán satisfechos sus deseos en la noche del sábado.

Un periódico ha elogiado mucho su hermosa presencia, su excelente voz y su escuela de canto.

Es el mismo periódico que nos presentó a Mad. Reszké hace tiempo; haciendo, no sólo el retrato de la artista, sino la biografía de sus callos.

Esta *ilustre prima donna* no puede cantar sin pedicuro.

Desde que el reloj de la Puerta del Sol ha sido reformado, se ha hecho completamente necesario en Madrid el uso de reloj.

¿Qué madrileño no pasa dos ó tres veces al día por aquel sitio? Todos confiábamos en la hora oficial; en aquellas manecillas, que eran, por así decirlo, las propias manos del ayuntamiento, señalando a los españoles las horas del día que habían ya perdido y las que les quedaban por perder.

Todos los ojos se volvían hacia aquellas esferas, de día bastante expuestas y de noche un tanto misteriosas y reservadas... Pero hoy es inútil mirar... Aquellas esferas son jeroglíficos, que sólo podremos descifrar si nos acompaña el padre Fita.

De noche, la confusión es mayor. Y si entonces miramos la negra esfera y al propio tiempo da la hora, sentimos una impresión siniestra y ligereza, como si doblasen a muerto en un catafalco.

Un amigo mío que vió el reloj la primera noche que se dió... a la oscuridad, me dijo:

—Lo que inventa la industria para llamar la atención! La *Funeraria* ha discurrido un gran reclamo: ha puesto un reloj en el ministerio de la Gobernación.

—¡Pan!

Breve palabra que produce grandes agitaciones! Hace ya mucho tiempo que sentimos acercarse a nosotros ese espectro horrible que se llama *Hambre*, que nos arroja sacos sin trigo y que se rie porque no tenemos con qué llenarlos.

Los panaderos han subido el pan, y cuando sube el pan sube el apetito. El ayuntamiento ha cogido la pala y se ha metido en harina.

El gobierno mismo se preocupa ya de esta cuestión, y el ministro de Hacienda, que ha resistido a los embates de las oposiciones, se encuentra entre la espada y la pared, como si dijéramos, entre una roca y un panecillo. No hay juegos con el pan. La hidrofobia humana es el hambre. El pueblo es una serpiente boa: solo cuando la digestión le hincha el cuerpo y le embota los sentidos, están seguros los gobiernos.

Por cierto que los químicos debieran ocupar sus celos científicos en la invención de algun compuesto de gases que sustituyese al pan.

El fonógrafo y el microfono, y la división de la luz eléctrica, y la aplicación de la electricidad a la locomoción, y otros muchos descubri-

mientos, no son tan útiles, sin embargo, como lo sería la invención de un pan químico.

Hoy que de la electricidad se hace todo, ¿no podría hacerse pan?... Hablo en serio. Los sabios que tan poca importancia dan a los poetas, no hacen mas que pura poesía. Se pasan la vida resolviendo problemas científicos de puro lujo, en vez de ocuparse en inventar comestibles.

Y lo único que hasta hoy han hecho en este asunto es digno de reprobación... Han discurrido una porción de cosas... para abrir el apetito.

No debe perderse la esperanza, sin embargo. La química ha discurrido ya cocer sin carbon, ni leña, ni espíritu, ni gas, el puchero.

Han hecho cocinero al sol, y hasta podemos economizar el mandil y el gorro blanco.

Puesto que nos da combustible gratis para cocer el puchero, debe darnos con que llenarlo.

Al fin el barrio de Salamanca tiene un mercado. Empieza, al fin, a ser barrio. Porque un barrio sin mercado es como una casa sin despensa.

Desaparece uno de los pretextos que tenían las criadas para disculpar su tardanza en volver de la compra... Tenían que bajar a Madrid acompañadas, para mayor seguridad, de algun coracero, con espuela, sable y casco inclusivos ó de un guardia de orden público; funcionarios particularmente afectos a escoltar estas Margaritas, que les abren al propio tiempo su corazón y su cesta.

No criticaré yo, como han hecho otros, el establecimiento de estos mercados, diciendo que no merecen elogio, porque los Sres. Girona, al construirlos, han tratado de hacer un negocio y nada mas.

Los banqueros no están obligados a hacer el negocio de los demás, sino el suyo. Cada cual tiene sus glorias, y la gloria de un banquero es la de arruinar, si puede, a sus conciudadanos y a la humanidad. Y después de todo, ¿quién hace algo en el mundo social que no pretenda hacer un negocio?

No hablamos de las malas acciones, pues todas ellas se originan del interés: las buenas, las nobles, las *desinteresadas*... ¿qué son sino negocios? Negocios de oro, de vanidad, de amor, de toda especie?

La virtud misma, gracias a los premios en metálico que ya se la conceden, ha venido a ser un negocio nada mas.

Se debe desconfiar de un capitalista que emplea su dinero en cosas de mera utilidad pública.

Porque hay buenas acciones que merecen un presidio.

—¿Con que le han dejado a Vd. cesante?—preguntaban a Zorrilla.

—Si señor—contestó—el ministro encontró que mi destino era un *ripio* en el presupuesto.

—Y que ha hecho Zorrilla con el ministro que ha ofendido de tal modo al país.

Le ha hecho *celebre*.

—Con la celebridad de *Erostrato*.

En lunático.

Noticias bibliográficas.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, de lord Macaulay, tr. de M. J. de las Rivas. —Un vol. de VIII—439 págs. (De la Biblioteca clásica).—Madrid: Imp. Central de V. Saiz; 1879.

Los editores de la Biblioteca clásica muestran justificada predilección por las obras de lord Macaulay, uno de los mas ilustres críticos, de los mas concienzudos historiadores, de los literatos mas eminentes y de los estadistas mas populares de la Gran Bretaña.

El volumen que acaba de publicarse contiene cuatro ensayos: *La guerra de sucesión, Federico el Grande, Lord Clive y Warren Hastings*. El mejor de todos es, sin genero alguno de duda, *Federico el Grande*, a pesar de que lord Macaulay no refiere sino una parte de la historia del ilustre monarca prusiano, desde su advenimiento hasta la paz de Hubertsburgo (1763) que puso fin a la guerra de los siete años. Deschella entre los demás a grande altura, aun siendo incompleto ese trabajo, por la verdad y el colorido con que está hecho el retrato de Federico. No hay en la literatura contemporánea, dentro del género cultivado por el insigne Macaulay, nada tan vigoroso ni tan brillante como ese pequeño cuadro donde se destacan la personalidad del gran rey, las causas del engrandecimiento de Prusia y la complicada trama que constituía el fondo de la política europea al comenzar el siglo XVIII.

Analizando y criticando el inmortal libro de Hallam, que tanta luz arroja sobre los siglos medios, Macaulay dió al género histórico leyes inolvidables; al escribir su ensayo sobre *Federico el Grande* nos ofreció un modelo acabado. Todo lo que ha dicho Taine en su elogio parece poco después de leído. Esa obra es fruto de una cultura vasta y profunda, de una imaginación rica y brillante, de un raciocinio severo. Sólo cuando se poseen estas cualidades; sólo cuando se conoce el arte de reflejarlas en una concepción elevada y digna de tales dotes, puede ocuparse un lugar entre los encargados de transmitir a la posteridad los hechos pretéritos y presentes.

La *Guerra de sucesión* tambien es un estudio de gran mérito. Revela en él Macaulay sus condiciones de pensador y estadista. La crítica que hace del gobierno de los Felipes es exacta y fundada. Nadie ha explicado de una manera tan gráfica el esplendor de nuestro siglo de oro. «El valor, la inteligencia y la energía, dice, que hicieron de los españoles la primera nación del mundo a fines del siglo XV y principios del siguiente, eran el producto de las antiguas y venerandas instituciones de Castilla y Aragón, instituciones altamente favorables a la libertad... Los primeros años de la tiranía sellan las trojes con lo sembrado en los últimos de la libertad. El siglo de Augusto abundó en grandes hombres educados en la época de Cicerón y

César... Felipe II era el heredero de las Cortes y del Justicia Mayor, que le dejaron un pueblo capaz de conquistar el mundo y ya sabemos que dejó Felipe a sus descendientes.»

Los retratos de Felipe V, a quien deja harto malparado la pluma de Macaulay, lord Peterborough, Vendome y lord Galway son obras maestras como el del gran Federico. Pero se resiente ese estudio de la nacionalidad del autor. Macaulay considera su asunto con un criterio estrecho; es un inglés que comenta la guerra de sucesión bajo el punto de vista británico; que la estudia como si sólo le animara la idea de ilustrar a los lectores ingleses sobre cuestiones de su particular interés.

Ni el libro de lord Mahon, que dió pretexto a ese ensayo, ni los comentarios de Macaulay, son tampoco la última palabra acerca de aquellos importantes sucesos. Bajo este punto de vista tampoco lo recomendamos a nuestros lectores, que encontrarán en las obras recientes de Sodeke y Reynald noticias mas completas y fidedignas.

Los estudios sobre lord Clive y Warren Hastings, escritos después de haber desempeñado Macaulay un alto puesto en el gobierno de la India, ilustran puntos importantísimos de la historia de la colonización británica.

La traducción de los ensayos está muy bien hecha. El Sr. Juderías es uno de los pocos traductores que miran con respeto el idioma de Castilla. En lo que a nuestro juicio no revela tanto acierto el Sr. Juderías, es en oponer serio correctivo a las opiniones del autor. Son estas opiniones harto moderadas, aun dentro del criterio liberal y protestante de Macaulay, para que lo demanden. Crea el Sr. Juderías que comentada arbitrariamente nuestra historia, necesitase contrarrestar las demasías de cierta escuela con afirmaciones imparciales, juiciosas y fundadas como las del autor de estos ensayos. Empeñarse en difundirlas es tarea mas provechosa y útil a la cultura patria, que obstinarse en calificarlas de apasionadas ó erróneas.

La impresión de este libro es excelente y sus condiciones materiales dignas de recomendación. La Biblioteca clásica pone al alcance de todas las fortunas por un precio módico (12 reales tomo) las obras mas notables que ha producido el ingenio humano.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

La señora que viene a menos.

—¡Oh temporal! ¡Oh mores! ¡Qué feliz era yo en vida de mi esposo! ¡Cómo se complacía en darme gusto mi apreciable Celestino, que en paz descansase!

Así exclamaba una viuda infeliz recordando los buenos tiempos en que era esposa de un empleado de Hacienda, mucho mas antiguo que las contribuciones y los empréstitos, y el archivo y demás aparato que un ministerio requiere.

Es verdad que no tenía motivos para menos la buena señora; porque su difunto disfrutaba, según ella, un sueldo de 30.000 rs.; fuera del último cero, dicho sea en honor de la verdad, ¿qué lujo gastaba entonces la adorada, aunque nunca adorable esposa! Jamás mujer alguna alcanzó tantas y tantas muestras del amor profundo de su amante, como Enriqueta (porque entonces se llamaba Enriqueta) consiguió de su Celestino.

Y ahora se ve sola y abandonada de todos, como la miseria y la vulgaridad. Es una señora que ha venido a menos, ó como quien dice, es una señora que no conserva de su estado primitivo sino el recuerdo: esa mancha que nos imprime el tiempo al pasar sobre nosotros.

La señora que viene a menos ha entrado ya en la edad madura, porque necesita un pretérito de toda clase de felicidades, un pretérito sobre que hacer historia; y la de una muchacha que cuenta pocos años de edad, generalmente hablando, ofrece pocas peripecias.

La señora que viene a menos ha entrado ya en la edad madura por una razón análoga, ó por lo menos es necesario que lo diga, y esto suele bastar en la mayor parte de los casos.

Si es guapa, tiene que haberlo sido mucho mas; y si es fea, ha de haber padecido siquiera una terrible enfermedad que la robó su belleza.

Es preciso que del paralelo entre el presente y el pasado, resulte la señora actual como la antítesis de la señora que fué. Es menester que se supla la falta de esperanzas con la sobra de recuerdos. Todo el mundo cree en la ley de las compensaciones, hasta el punto de imaginárselas cuando no existen. ¿Se siente usted enfermo? Pues ande Vd., que para eso no le falta que comer. ¿No tiene Vd. una peseta? en cambio disfruta usted de buena salud. ¿Qué le faltan a Vd. ambas cosas? Váyase lo uno por lo otro, que bastantes años ha estado Vd. bueno y sano.

La señora que viene a menos ha disfrutado de buena salud y ha vivido holgadamente; en compensación, ahora no puede disponer de ninguna felicidad. Por eso suspira frecuentemente y se le llenan los ojos de lágrimas, y se la hace la boca agua cuando algun caballero cesante ó *lipendi* la dirige algun requiebro, ó se atreve a proponerle un segundo enlace.

Su corazón, como su cara, va siempre cubierto por un velo fúnebre; todo ha cambiado en ella, hasta su nombre; ya no la conocen mas que sus amigos de la juventud por el nombre de Enriqueta; se llama Soledad, nombre característico de las desamparadas. Su traje es negro como sus pensamientos, su existencia es un romance terrible, con su viñeta a la cabeza, que es un retrato en fotografía del que fué su esposo, retrato que no se aparta... de un alfiler de pecho. ¿Jo siempre en un cajón de la cómoda de la viuda.

La señora que viene a menos saluda a todos los vecinos de su casa, y conoce la historia de cada cual, por medio de las criadas, que, según numerosas experiencias, se ha demostrado que son los mejores conductores del calorífico y de los secretos ajenos. Esta curiosidad inocente de la señora obedece tambien a la ley de las compensaciones; es muy justo que ella se entere de la vida y milagros de los demás, después de

haber despilfarrado el relato de la suya, mucho mas milagrosa, si no milagrosa, que la del mismo San Vicente de Paul, salva sea la parte.

Todas las criadas de la vecindad saben que la señora es viuda, aunque sin constarlas oficialmente que antes fué casada; pero basta que ella lo diga. Todas tienen noticias de las felicidades pasadas de doña Soledad y de sus infortunios presentes; a ellas debo yo estos apuntes relatados por la una, con mas malicia que caridad. Dicen que la señora sale todas las mañanas muy temprano y no vuelve hasta el oscurecer, y añade la portera—esa maga de los tiempos modernos, que adivina cuanto sucede en un kilómetro alrededor de su portería, é inventa lo que no adivina—que la Sra. Soledad sale despues, a favor de las sombras de la noche, y no la oye volver nunca.

Yo la he seguido algun día, llevado por la curiosidad; y he podido comprender algo de su misteriosa vida. Doña Soledad se dirige a casa de la duquesa X., ó de la marquesa Y. Espía el momento en que cualquiera de ellas sale a la calle, la ataja el paso, y con lacrimoso acento la refiere por vigésima vez la historia de sus infortunios; alguna de estas narraciones suele diferir bastante de la del día anterior, y todas ellas están mucho mas lejos de la verdad. Pero la señora aristocrática se enternece, ostensiblemente por lo menos, y abre el porta-monedas para cerrar la boca de la peticionaria.

Esta derrama algunas lágrimas, despues de examinar la moneda que ha recibido y desaparece. Se dirige a un establecimiento de comidas, almuerza y sale ya mas consolada en busca de otra *prima* ó *primo*.

No pierde el sermoneo ni la novena, ni deja de comprar alguna friolera, para tomar un bocadillo en las altas horas de la noche, porque el mucho llorar debilita, y la pobre señora llora cada día mas, que el resto de los mortales en un año, con las medidas gubernativas.

Come en la fonda; los mozos la conocen, así como todos los detalles de su historia; lo que no han conocido nunca es su generosidad. Asegúrase que algunas veces no come sola; pero esto debe ser por vengarse de la ruindad de la pobre señora.

Lo que es indudable es que toma café en el de San Luis con un ciudadano contemporáneo de su difunto Celestino, y que salen uno detrás del otro por no dar que decir a las gentes, y que suelen permitirse el exceso de asistir al teatro, pero siempre con la mayor prudencia, y cautela, a la localidad mas oscura, y se sientan tan juntos, sin duda para no parecer mas que una sola persona, que, según dicen los acomodadores, no necesitan ocupar mas que dos medios asientos.

La señora que viene a menos suele casarse en segundas nupcias; pero éste es un *casus belli*, y semejante vulgaridad es indigna de la clase.

Algunas veces, la señora pretende alguna viudedad; otras consigue un estanco; esto consiste en que se halla bien relacionada; ó logra ponerse en contacto con algun personaje.

Las menos afortunadas no aspiran a tanto, y se contentan con los buenos oficios de la gente filantrópica.

No faltan algunas que siguen la honrosa carrera de patronas; pero siempre en la esfera mas humilde. Ellas, y sólo ellas, son las que se atreven a pedir pupilos a seis reales con principio y postre. Ellas las que con el mayor desinterés posible anuncian en *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinión, de la prensa y de las patronas, las gangas mas positivas que aparecen en la cuarta plana del diario noticioso, a excepción de las líneas consagradas al aceite de higado de bacalao, revalentia arabiga y sastrería póstuma de La Funeraria.

Verbi gratia, y vamos al decir: «Una señora viuda cede habitación y cama, con asistencia ó sin ella, para un caballero ó dos. Se advierte que no es casa de huéspedes», y no está demás la advertencia, porque a primera vista cualquiera cree lo que no es.

Otras veces se lee: «Una señora sola (condición *sine qua non*) desea salir de Madrid afuera, con un caballero sin hijos. Tendrá quien la abone.»

Alguna establece una almoneda perpétua de muebles, y hasta se dan casos de señoras que vienen a menos, que se ganan la subsistencia con el nobilísimo arte de echar las cartas; son hormiguitas que no se dejan morir como las mujeres vulgares.

Estas sucumben en la oscuridad y la miseria ó consagran sus carnosos desvelos al hijo de sus entrañas, al esposo querido, ó al venerable padre. La viudez ó la orfandad las deja sumidas en el desconsuelo. Estas dignísimas esposas, hijas amantes ó heroicas señoras, no caben dentro del tipo de la señora que viene a menos. Ellas están unidas a la humanidad por las virtudes y el sentimiento: la señora Soledad es el *águila caudal* de que hablaba Quevedo, que no está asida sino a los escudos de sus semejantes hasta cierto punto.

La señora que viene a menos solamente tiene un punto de contacto con el mundo, ó para hablar con mas propiedad, un apunte, un ciudadano que vive como ella, de su industria, y que no naufraga tampoco muy fácilmente en el Océano social.

Su modo de vivir es muy oriental, pero poco civilizado, como dice aquel personaje de una zarzuela: consiste todo el artificio en ofrecer, por medio de anuncios, colocaciones, mediante alguna fianza, ó dinero para alguna empresa, ó descubrimientos especiales para cualquier uso, pidiendo a cada individuo que comete la inocentada de creer en semejantes gollerías, cuatro ó cinco sellos de correos para dirigir la contestación al que hace la pregunta. Inocentada es tambien decir a Vds. que la fianza suele desaparecer por el mismo conducto que los sellos, y que el amigo de la señora que viene a menos tiene la modestia de no dar su nombre para tan ingeniosas negociaciones.

Tal para cual: doña Soledad y su amigo viven a costa del país y menosprecian las murmuraciones. La señora que viene a menos vive para sí, y el caballero hace lo propio; forma una sociedad explotadora y ninguno de los socios

quiere ofender al otro, haciéndole partícipe de ganancias a que no ha contribuido.

Cuando llega el día de la ruptura y la razón social desaparece, se cantan las cuarenta y se ponen como nuevos recíprocamente ambos socios.

Cuando la señora, a fuerza de venir á menos viene á enfermar y á morir, solamente puede contar con el hospital y el *hoyogrande*. Entonces comprende su verdadera soledad, pero ya es tarde. Es una planta parásita, cuando menos, cuya conservación á nadie interesa; la sociedad nada le debe sino disgustos alguna vez, y no se preocupa de la suerte de la pobre buscona.

No hay quien vele por ella; no deja en la tierra quien le llore. Si alguno recuerda su nombre será para escarnecerla, quizás para difamarla, y hasta sus estudiadas quejas, sus cómicos suspiros y forzadas lágrimas se recordarán por algunos de sus amigos para hacer reír á los que le escuchan.

La señora que había venido á menos ha muerto. Tranquilícese usted, que también muere aquí este artículo.

Me parece que me porto como caballero; no puedo hacer más que matar á la protagonista de mi obra, para quitar á ustedes de encima esta plaga social.

E. DE LUSTONÓ.

La vida de las plantas.

El mundo de las plantas es el mundo encantador de la poesía y de la vida de nuestro planeta. Estos seres silenciosos, por medio de los cuales absorbemos la savia nutritiva de la tierra, constituyen un reino intermedio entre el mineral y el animal, y su valor biológico es de una importancia trascendental. La vida de las plantas está ligada con la vida de los demás seres que pueblan la superficie de la tierra y las fases que ofrecen en sus metamorfosis sucesivas son la manifestación mas genuina de la vida que centellea en toda la Naturaleza. Este descubrimiento es uno de los mas notables que en nuestros días han hecho las ciencias naturales.

Las plantas, como dijimos en nuestro artículo anterior, gozan de la vida universal y no sufren ciegamente, como los objetos inertes, las influencias del mundo exterior, no viven como nosotros, como nosotros respiran, comen, beben, gozan y duermen. Respiran el aire atmosférico, pero de una manera especial, según se ha comprobado recientemente: de día absorben el ácido carbónico del aire, descomponen este gas y desprenden oxígeno, y de noche absorben oxígeno y desprenden ácido carbónico. De este modo las plantas purifican el aire alterado por la respiración del hombre y de los animales, pues si estos transforman en ácido carbónico el oxígeno del aire, los vegetales toman este ácido carbónico en su respiración diurna, fijan el carbono en sus delicados tejidos y devuelven á la atmósfera un oxígeno vivificante. Sometidas á las mismas leyes que rigen á todos los seres, si bien dócilmente á la Naturaleza, y muchas fuermen desde el ocaso á la salida del sol, otras velan largo rato y no pocas no se despiertan si la temperatura está baja y amenaza lluvia. «Así, dice Darwin, inclinan sus párpados, y cuando un apacible sueño ha refrescado sus encantos, se despiertan y saludan á la aurora.»

Estos fenómenos, objeto de las constantes meditaciones de la ciencia contemporánea, son verdaderamente admirables; pero lo es mucho mas el orden de vida que rige las costumbres, las tendencias, los amores y hasta el lenguaje de estas individualidades tan útiles y tan bellas. Esto aparecerá á primera vista inverosímil; mas no por eso deja de ser un punto incontestable para la ciencia.

Dupont de Nemours, espíritu investigador y altamente filosófico, ha establecido de una manera sorprendente é ingeniosa la semejanza que existe entre las plantas y los animales. «Los vegetales, dice este célebre naturalista, se distinguen por su crecimiento, su salud, sus amores, su reproducción, y dos especies de vida: la que les hace crecer, nutrirse, extenderse, que nos parece puramente vegetal: la que los hace amar, fecundarse, dar frutos, granos, que tienen todas las propiedades de los huevos; manera de ser tan activa y voluptuosa que llega á los límites de la animalidad, suponiendo que no lo sea, pues la planta es una especie de animal que si bien es verdad que está privado de ojos, de orejas y de piernas, se halla dotado, en compensación, de una multitud de bocas, de brazos superiores é inferiores, de manos y de órganos reproductores.»

Esta hipótesis, tan original como atrevida, no está destituida de fundamento. Y en efecto, los vegetales se nutren como nosotros, con la única diferencia de que tienen sus chapadores por fuera, y nosotros por dentro; poseen un quilo que se apropia sus alimentos, y que después que han evacuado por traspiraciones y secreciones regulares lo que las conviene retener, las suministra una savia que circula como nuestra sangre y nuestra linfa, y tienen, además, un jugo propio, que reemplaza en ellas su fluido nervioso. La vida es un misterio cuyos términos no puede abarcar la inteligencia humana, ora se manifieste en la luz de las estrellas, ora palpite en el mundo de lo infinitamente pequeño; pero no por esto deja de ser repañable la misteriosa relación que la Naturaleza ha establecido entre el reino animal y el vegetal. Día llegará en que la causa de este misterio deje de reposar en el seno del desconocido principio de las cosas, y se manifieste en toda su sencillez y magnificencia.

Digno de estudios profundos es la verdad el reino de las plantas, predecesor del hombre en la escala de los seres, y manantial fecundo de beneficios para el reino animal. En las plantas existe una transmisión de vida no interrumpida. Cuando la vejez ó la enfermedad ataca las plantas, cortada la cabeza de una de ellas por debajo del sitio lesionado, resguardada la herida del contacto del aire atmosférico, y una nueva cabeza llena de vigor y provista de nueva médula, brotará en el sitio cortado. Este fenómeno es la realización del mito de Anteo, hijo de la Tierra, el cual renace bajo nuestros golpes cada vez mas fuerte y mas vigoroso.

Esta exuberancia de vida da á las plantas propiedades no menos sorprendentes. Hay en ellas días de felicidad y de tristeza, períodos de energía y de abatimiento, que dejan impresiones sus huellas en los círculos concéntricos que trazan los años en el tronco de los árboles. La sensibilidad de que están dotadas algunas es

extraordinaria. «Agitada la sensitiva por la delicadeza de sus órganos y por su naturaleza exquisita, dice Darwin en su obra *Amores de las plantas*, teme el mas ligero contacto: se alarma cuando una nube pasajera le oculta los rayos del sol, y al menor viento tiembla y se esconde temiendo al mal tiempo.»

En la época de la fecundación se encuentran en un estado de excitación y llenas de inquietudes: la savia, su sangre, circula entonces rápidamente por sus venas. ¿Será que presienten que ha llegado el dulce y voluptuoso momento que la Naturaleza ha designado á todos los seres para su propagación y desarrollo?

No lo sabemos; pero lo cierto es que este fenómeno está sujeto á un período fijo é invariable hasta tal punto, que en muchas plantas, y entre éstas el arce de Italia, se eleva su temperatura en dicha época 24° centígrados sobre la del aire. Este ardor tan vivo es una fiebre especial de las plantas, fiebre que en algunas cesa enseguida con la muerte. En este caso se encuentran también la capuchina, la caléndula y el clavel, las cuales suelen adquirir además una propiedad luminosa que las distingue en la oscuridad. Todo es admirable en los vegetales, y mucho tendríamos que añadir sobre sus variadas y curiosas peculiaridades; pero el espacio de que podemos disponer en esta hoja literaria de EL LIBERAL, no nos lo permite. Hemos consignado, no obstante, lo mas notable que ofrecen esos seres misteriosos que aman la luz como su único ideal; poseen facultades electivas y saben distinguir el alimento que les conviene; tienen armas defensivas para rechazar los insectos; son seres activos que en su aparente sueño trabajan sin descanso; son el alimento, el perfume y el adorno de nuestro globo; están dotados para la conservación de su propia vida de mas resistencia que los mismos animales; son el alma de la industria, de la ciencia y del arte, y son, en fin, el lazo poderoso que nos une con el aire, ambiente que nos sostiene y vivifica.

Goethe, el gran poeta alemán, canta en su inmortal poema sobre la Naturaleza, la importancia relativa de los vegetales en el concierto de la vida universal, y con la intuición poderosa del genio, presintió muchos de los grandes descubrimientos botánicos modernos, que presentan al reino vegetal como una vasta confederación de individuos, todos afines, todos unidos, y ayudándose mutuamente, trabajando todos por el porvenir y buena armonía de la sociedad, y siempre prontos á mantener el equilibrio necesario en los gases atmosféricos para sostener la vida de la humanidad.

J. DE TORRES Y GARCÍA.
(Ingeniero industrial.)

Aranjuez 11 de setiembre 1879.

Dos calles de mi pueblo.

La calle mas aristocrática de Rota es la calle de la Vera-Cruz, y la mas democrática la del Calvario: estas dos calles son las mas características de mi pueblo, que por mil conceptos es uno de los mas típicos de Andalucía; la segunda de dichas calles está en prolongación de la primera, siendo ésta la mejor de las que confluyen á la plaza de la Caridad, centro el mas importante de la villa, en el que se reúnen las personas de viso en tertulia á la puerta de la botica, y á donde llega á las oraciones la góndola de Flaviano con los viajeros procedentes del Puerto de Santa María.

Las casas de la calle de la Vera-Cruz tienen las paredes muy encañadas y son casi todas de dos pisos con azoteas, en las que se alza generalmente una torrecilla cuadrada; los balcones son salientes, espaciosos, con rodapiés, macetas de claveles y de albahaca, alcazaras con el agua fresca, jaula del jilguero, montera de pizarra en cuyos huecos amontonan los nidos las golondrinas, y cortina de lienzo, blanca ó listada, que monta sobre una varilla y cae por fuera del antepecho de madera atándose con cintas á los hierros; bajo esta tienda, que lo es de campaña para las mocitas que tienen pretendientes callejeros, se sientan á coser las mujeres; algunas casas, pocas, lucen cancela de hierro en vez de portón, y en todas hay hermoso patio con aljibe, corredores altos y toldo ó montera de cristales; en las casas de un solo piso, las macetas de flores sirven de almenas al pretil de la azotea que mira á la calle; ésta, con sus aceras enlosadas á trozos, recibe la animación y el colorido de las gentes que siempre hay asomadas á las grandes rejas de sus ventanas bajas, algunas con celosías, ó sentadas en el escalón del zaguan, ó en sillitas á la puerta; de la nube de chiquillos que gatean, saltan y chillan; de las carretas colmadas de paja ó de botas de vino que cruzan su empedrado; de los pregones «la flor de las viñas vendiendo» ó «mojarras vivas» del panadero que en calzoncillos y con su pañuelo encarnado á la cabeza, anudado atrás, monta en pelo sobre una yegua con tres sacos de harina por borren delantero; de las calesas que entran sonando el jaco los cascabeles; de los trabajadores que salen al campo con el borrico por delante, que lleva el serón con los aperos sobre la albarda y sobre el serón el perro; y por último, de ese *quid* bienhechor é inexplicable de que están llenos el aire, la luz, las personas, y hasta las piedras de Andalucía.

Subiendo por la calle de la Vera-Cruz hacia donde se verifica su ensanche, formando lo que llaman los rotoños «la plazoleta», que es la Puerta del Sol de la gente del campo; como la «tienda del muelle» lo es de la «gente de la mar», en esa plazoleta, repito, está rota en la acera de la derecha la solución de continuidad de los edificios en un espacio de treinta ó cuarenta metros, cerrado por un pretil de cal y de ladrillo en medio del cual se alza, sobre un tosco pedestal, una cruz sencilla de madera pintada de verde, adornada con ramas de alamo blanco con un cenital muy sucio sobre los brazos y delante un farolillo que se enciende todas las noches; desde el pretil se describen los peñascos que le sirven de base, la hermosa playa y el panorama encantador de aquella inmensa bahía de Cádiz; el símbolo cristiano, tomando el nombre del que aquel sitio lleva, se llama *La Cruz del Remplido*.

Por la calle del Calvario, entre el arrecife hasta la «plazoleta», es aquella larga, recta y espaciosa; las anchas aceras están empedradas y para el cómodo paso del arrecife á las aceras hay losas de trecho en trecho á modo de puentecillos sobre las cunetas del camino; todas las casas son de planta baja, lucen las pa-

redes blanquitas, tienen poyos de piedra á uno y otro lado de las puertas, y sobre ellas pequeñas ventanas sin reja y con hojas de madera y coronan las azoteas filas de grandes calabazas (1), todas esas casitas bajas son semejantes: del zaguan estrecho, cubierto y empedrado, se pasa al patio, con honores de corral, empedrado también y de hechura mas ó menos redonda, mas ó menos cuadrangular, mas ó menos angulosa; suele tener el patio frondosa parra, arriates con tiestos de mosquetas, de dalias y de hierbaluisa y aljibe, ó pozo, con su brocal muy blanqueado; por una escalera de argamasa y ladrillo, sin pasamanos por un costado y por el otro pegada á la pared, se sube á la azotea en cuyo suelo están aseándose las mazorcas, y para tostarse despues, las pepitas de calabaza.

Al patio tienen puerta de entrada las viviendas de los varios vecinos de la casa: vista una lo están todas: una sala y una alcoba con los suelos de ladrillos rectangulares bien aljofaados, las paredes muy untadas de cal, la atmósfera de azúcar y alhucema quemadas, y cubriendo la puerta por el interior una cortina blanca de cañamazo con su faralá rizado.

En la alcoba figuran, á un lado la cama y al otro la tinaja del agua; la cama tiene su gran espaldar de caoba, sus banquillos y sus tablas, y sobre éstas, cubiertos con una colcha, cinco, seis ó siete jergones que de noche se extienden en la sala y allí duerme toda la familia, con mas ó menos avío de sábanas, mantas y almohadas, con arreglo al número de personas que hay en la casa que vayan á jornal y á lo que cogieron el último verano en *lo suyo*: debajo de la cama se guardan los melones, las sandías y las barricas de higos secos para el invierno; también figura en la alcoba un cajón que contiene quince ó veinte fanegas de trigo, del que se va sacando para moler y amasar; el decorado de la sala lo componen media docena de sillones con asiento de enea y perillas altas, una mesa de pino pintado, sobre ésta el velón y un jarrito de porcelana blanco con su platillo y su tapadera, y colgados de la pared varios cuadros con marco de madera, de los que precisamente el que cae sobre la mesa es una efigie de Nuestro Padre Jesús, en fondo negro, con manto color de almagra, toga dorada al cuello, patillas y arrancando horizontales de su frente unos grupos de líneas que el artista se propuso que fueran rayos de luz y le salieron varillas de paraguas.

En la sala se albergan también por la noche, sobre todo si el vecino de la vivienda no tiene confianza en la cuadrilla, el saco de la paja, la albarda de la burra y las gallinas en un jaulón de caña debajo de la mesa: en la cuadra comun están las bestias separadas por vallas de tablas, no para evitar que se junten los animales, sino con el fin de que no pierda ninguno de sus dueños ni un puñado de estiércol, abono sin precio para los que cultivan aquellos campos areniscos.

Naturalmente, las familias que habitan en tan modestas y oscuras viviendas, buscan el aire y el sol y el aliento de los jazmines, y la apacible y fresca sombra y la música de las aves, y todo eso lo encuentran en la azotea y en el patio, bajo la techumbre de sarmentos, á falta de plantas mejores, junto á las matas que sirven de zócalo al patio, y que matizan por las tardes innumerables florecillas de colores, que se llaman técnicamente trinitarias, y allí suspiros; y por último, escuchando el concierto de los mirlos, cuyas jaulas de carrizo están colgadas de clavos en las paredes.

También procuran las vecinas disipar las tristezas con la reunión, y se juntan en el empedrado zaguan por las mañanas, de trapillo, á echar remiendos y zurcidos, y hacer media las viejas, y á peinar cada madre á sus hijas; las primeras sentadas en unas sillitas bajas, y las segundas en el suelo, sobre un redondel, apoyando la espalda en las rodillas de aquella y teniendo sobre la falda las horquillas, la peineta y el tarro de blandurilla, mientras la madre va sumergiendo los dientes del mellado batidor en las ondas de una soberbia mata de pelo.

En el patio se lava y se tiende la ropa, se rejuvenecan las criaturas, se apareja la bestia, se descargan los frutos antes de llevarlos á la casa del marchante y guisa cada vecina á la puerta de su sala en el anafo colocado en un lebrillo con ceniza y resguardado por un cajón sin fondo puesto de costado cuando sopla furioso el Levante ó lloran las nubes.

Por las tardes, con especialidad los días festivos, se sientan todas las mujeres á la puerta de la calle, en fila primera las mocitas, para que los muchachos campesinos se enamoren de la gracia de sus ojos, del precioso color que trasparencia su cutis moreno, de sus dientes blancos y de sus rizos negros, vestidas con sueltas batas, ó enaguas y gabancitos de coco muy limpios y almidonados; con sus delantales blancos con vuelos de encaje, sus nardos y dalias en la cabeza y ciñendo su rodete, sartas de suspiros, sus anillos de á cuarto en los dedos y calzando sus breves pies botitas de chagren con bigotera de charol.

El último edificio de la acera deracha de la calle del Calvario es el cementerio por cuyas tapias retozan las ramas de los árboles, entre los cuales dan grandes conciertos los jilgueros, los verderones y los chararicos, y sobre cuya puerta se lee la siguiente inscripción, que bien comprendida, encierra un mundo de verdad y de sentimiento:

Dormitio nostra memoria vestra.
JOSÉ NAVARRETE.

París.

Los tribunales han absuelto estos días á un carnicero que mató á su mujer con la cuchilla de partir carne: varios otros maridos que han asesinado á sus esposas han sido igualmente absueltos. Diríase que los jueces trabajan en pró de la ley Naquet, pues á este paso, preveo que son las mujeres quienes van á pedir el divorcio á toda prisa.

Hace cinco ó seis días los vigilantes del Sena extrajeron del río á un hombre medio ahogado: mientras volvía en sí, se buscó en sus bolsillos algún documento que identificase su persona, y encontró una carta concebida en estos términos:

«En vista de que la aprobación de la ley Na-

quet tarda mucho, me divorcio de la única manera que puedo.»

Otros son mas hábiles; se van á Bélgica ó á Suiza; residen allí un año; se nacionalizan y se casan nuevamente; la nacionalidad suiza puede adquirirse sin perder la propia; en Bélgica no sucede lo mismo; para volver á casarse, hay que convertirse en belga exclusivamente.

Pero se necesita tener verdadera vocación hacia el matrimonio para decidirse á poner en práctica esta maniobra. La facultad de volver á casarse es lo mas importante de la ley Naquet. Yo no sé por qué se me figura que la mayor parte de los que se divorcian no van á querer hacer uso de esa facultad.

El milagro de María Lefebvre ha conmovido á los lectores de la prensa ultra-católica. El abate Claudel ha sido el encargado de revelar lo al público en un documento dado á luz por *La semana religiosa de Saint-Die*.

María Lefebvre sufre hace seis años del estómago y se alimentaba de azúcar. Una aparición divina la había inspirado la idea de ir á Lourdes, y partió en una expedición de 270 peregrinos.

Dejo la palabra al abate Claudel: «Al emprender su viaje, dijo al cochero que la conducía á la estación:

—No me hará falta coche para la vuelta.

Hé ahí un cochero á quien le haría poca gracia semejante anuncio. Véase cómo, si esa especie de milagros se multiplican, toda una clase social, la de los cocheros, puede llegar á hacerse impia. Pero no interrumpamos al abate:

«Hémos en Lourdes... Apenas me acerqué al altar, la enferma cayó de rodillas, y permaneció inmóvil, con los ojos completamente cerrados. Cuando pudo abrirlos, vió que el celebrante se despojaba de sus sagrados ornamentos. —«Todo ha concluido!—exclamó María Lefebvre—¡ya estoy curada!»

Se levanta sin necesidad de muletas... da un paso vacilando, despues otro mas firme; pero como si de repente se sintiese movida por un resorte, se encuentra reanimada y libre, y grita en alta voz:

—«Señor cura, ya estoy curada!... ¡Tengo hambre!»

Se la rodea, se la besa. Como había dicho: «Tengo hambre», la misma Santa Virgen parecía que la invitaba á ir á comer. Una vez sentada á la mesa, María Lefebvre comió con una fe y una intrepidez asombrosa. Al día siguiente se levantó temprano y almorzó; despues fué á comulgar. Algunas horas mas tarde almorzó segunda vez.»

En fin, las muletas han sido lavadas en triunfo.

«Una enferma del estómago que anda sin muletas!

Sarah Bernhardt indudablemente está ya cansada de María Lefebvre y ahora sentirá, de seguro, el no haberse decidido á aceptar las proposiciones que se le hicieron para ir á América.

Julietta Lamber ha lanzado ya el primer número de *La Nouvelle Revue*, que va precedido de un artículo de su distinguida directora, cuyos brillantes párrafos han dado ya la vuelta á toda la prensa de París y del extranjero.

No es la primera vez que hablo de Julietta Lamber en mis crónicas. Recuerdo haberme ocupado de ella no hace mucho tiempo, con motivo de la publicación de su bellísima novela *Grecque*.

Las *soirées* de la ilustre viuda de Edmundo Adam son las primeras de París; por aquellos salones del boulevard Poissonnière he visto desfilir unas tras otras á todas las celebridades del mundo. Los grandes hombres de la política, del periodismo, de la literatura del arte y de la ciencia, han pasado por allí. Quién todo eso reúne en sus salones, qué extraño es que logre reunir en su Revista las mas distinguidas plumas?

La Nouvelle Revue triunfará. Julietta Lamber es la personificación de la Francia nueva en una mujer bella é inspirada; la *Nouvelle Revue* será el compendio de los mas nobles esfuerzos hechos en el terreno de la inteligencia por esta vigorosa generación consagrada á explorar valerosamente los grandes horizontes de la democracia.

Los directores de teatros siguen manteniendo la impaciencia del público, ansioso ya de novedades. Cuando mira uno los carteles de Folies Dramatiques, y lee aun este título: *Les cloches de Corneville*, da ganas de huir del boulevard. Méilhac y Halévy romperán el fuego uno de estos días en el Vaudeville con una obra titulada *Lolote*. Espero poder ya daros cuenta del estreno en mi próxima revista. Estos mismos autores han entregado otra comedia al teatro de Varietés, titulada *La Madrévra*.

A las obras nuevas que hasta ahora voy anunciando, hay que añadir algunas otras: *Les cuneros de Hoffmann*, de Offenbach, que se estrenará en la Opera Cómica; otra del mismo maestro en Folies Dramatiques; y una comedia de Goudinet en el Odeón: los títulos de estas dos producciones aun no están decididos.

La muerte de Cham ha echado sobre Grevin un trabajo sobrehumano.

El domingo último tomé el tren en dirección á Bel-Air y pasé la tarde en el estudio del nuevo Gavarni, del espíritu, del caricaturista de las elegancias parisienses.

Grevin, aunque es corpulento, desaparecía materialmente entre un mar de papeles que cubrían su mesa. Estaba, como siempre, con su boina encarnada inclinada sobre una oreja, y con su enorme pipa entreteniéndose en formal espirales de humo, entre las cuales el celebradísimo artista se inspira para sus creaciones.

Hacia cuatro dibujos á la vez: un croquis de la semana para el *Charivari*, una caricatura para el *Amusant*, otra para un almanaque, y un gracioso figurín para las muchachas que sirven en las *brasseries* del Barrio latino. Al mismo tiempo que todo esto hacía, observé que mantenía su cabeza completamente inmóvil; entonces reparé que un escultor se ocupaba en modelar el busto de Grevin.

En medio de todas estas faenas, aun le quedaba á Grevin tiempo y humor para hacer frases.

Hablando de Cham, me dijo:

—Cham, hacía reír, yo hago sonreír.

ERNESTO GARCÍA LÓPEZ.

París 8 de octubre de 1879.

Imp. de El Liberal, á cargo de L. Polo, Almadena 2.